

(Re)pensando Europa desde la cultura del encuentro

Julio L. Martínez, SJ

Rector de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

E-mail: juliomm@comillas.edu

Recibido: 31 de octubre de 2017
Aceptado: 10 de noviembre de 2017

RESUMEN: Hoy, en Europa, acecha la desmoralización y gana terreno la desesperanza y el populismo ante los recurrentes atentados terroristas y la continua crisis de los refugiados. El proyecto de unir Europa, sin embargo, se forjó en la crisis hace 60 años y podrá sostenerse solo mediante la suma de soluciones adoptadas para enfrentarla. La propuesta de la cultura del encuentro del papa Francisco y el redescubrimiento de los valores cristianos pueden ser un elemento de gran valor para mantener vivo el proyecto europeo.

PALABRAS CLAVE: Europa, Tratado de Roma, COMECE, cultura del encuentro, papa Francisco.

1. Una oportuna conferencia a los 60 años de los Tratados de Roma

Acaba de celebrarse en el Vaticano una conferencia (27-29 octubre 2017) con el ambicioso objetivo de “(Re)pensar Europa” poniendo el foco en torno a “la contribución cristiana para el futuro del proyecto europeo”. Tuve la fortuna de participar como miembro de la delegación enviada por la Conferencia Episcopal Española. El *alma mater* del encuentro fue el Cardenal Reinhard Marx, arzobispo de

Munich y Freising y presidente de COMECE (Comisión de Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea); y el momento cumbre, el discurso del papa Francisco, precedido de la intervención del presidente del Parlamento Europeo Antonio Tajani, especialmente apreciado por muchos españoles tras su intervención en la recepción del Premio Princesa de Asturias de la Concordia. También hubo comunicaciones de otros políticos como el vicepresidente de la Comisión Europea, el socialista Frans Timmermans, el ir-

landés demócrata progresista Pat Cox, expresidente del Parlamento Europeo, la liberal francesa exministra Silvie Goulard, el exprimer ministro italiano Enrico Letta, o el democristiano alemán Manfred Weber. No faltaron interesantes participaciones de académicos y líderes eclesiásticos como el Cardenal Omella o el arzobispo Gallagher, así como de varios líderes de otras Iglesias cristianas. Sí faltó tiempo para abordar una materia tan compleja y trascendental.

Ha sido muy oportuno tratar sobre los desafíos europeos en materia de integración entre los Estados miembros y dentro de cada uno de ellos o del estado de la democracia y la economía en un mundo tan interdependiente y cambiante, cuando se cumplen sesenta años de la firma de los Tratados de Roma por parte de Alemania Federal, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos. Fue el comienzo de la aventura del proyecto que hoy es la UE; esa realidad que no incluye todo lo que llamamos Europa, desde los Urales hasta el Atlántico y desde el Polo Norte hasta el Mediterráneo.

2. Desafíos sociales que hieren hoy a Europa en su corazón

La región del mundo donde viven unos quinientos millones de habitantes (casi el 7% de la humanidad)

y que representa aproximadamente un 23% del PIB mundial está hecha un lío. En los últimos años algunos fenómenos impactantes le están golpeando profundamente e incluso poniendo en cuestión aspectos nucleares de su ser y sus valores. Son situaciones enormemente complejas, que resisten cualquier afán de simplificación y poseen un altísimo potencial destabilizador. Probablemente hay dos que actualmente destacan sobre el resto.

Uno gira en torno a la conmoción causada por los atentados terroristas que han golpeado el corazón de París, Bruselas, Niza, Berlín, Barcelona. Se trata de barbarie terrorista contra la vida, la libertad y los derechos fundamentales de las personas, envuelta en ropajes de fundamentalismo *yihadista* al grito de “¡Alá es grande!”, pero realmente no es religioso, porque, como señaló el papa Francisco, “rechaza a Dios, relegándolo a mero pretexto ideológico”.

Otra se viene produciendo desde hace varios años: cientos de miles de refugiados y migrantes forzosos ansiando alcanzar Europa. La mayoría lo acaban consiguiendo, pero sin saber qué suerte les va a tocar dentro, y varios miles, en su intento desesperado, han perecido, ahogados en el Mediterráneo o asfixiados en camiones. Todos huyen de sus países asolados por

las guerras, el hambre, la miseria, la persecución o el genocidio, y en su huida atraviesan calamidades y extorsiones varias.

Desde luego, también ha habido otros desafíos importantes como la crisis económico-financiera, la invasión de Ucrania por parte de Rusia o la quiebra de Grecia, pero ninguna como los dos elegidos ha puesto en cuestión la salud moral y espiritual de unas sociedades que se han creído o creen avanzadas y satisfechas, cimas de libertades y solidaridad. Como mínimo, y sin querer negar las grandes conquistas de civilización, derechos y libertades que ha realizado Europa, cabría pensar que esos calificativos tan importantes para la autoconciencia del Viejo Continente distan mucho de estar consolidados o bien enfocados.

3. **Palpamos y sufrimos la ambivalencia**

Las tensiones traen causa de lo que a mí me gusta llamar la ambivalencia o contradicción de Europa. Ambivalencia de sentirse superiores y a la vez vulnerables y confusos; de conjugar causas como pacifismo, pluralismo, multiculturalismo, solidaridad, y ser incapaces de responder políticamente ante situaciones indignas; de navegar entre una retórica a favor de los derechos humanos

y continuas quiebras de los derechos fundamentales de las personas por posturas cortoplacistas o intereses estrechos.

La ambivalencia habla de una crisis antropológica, cultural, moral y espiritual intensa y extensa, que se prolonga en el tiempo y señala en la dirección de un proyecto vital difícilmente sostenible por cuanto nuestras sociedades estarían viviendo de valores que ellas no sólo no producen ni alimentan, sino que incluso destruyen, a pesar de depender de ellos. Muchos europeos del Este se manifiestan defraudados con lo que ven en los países más ricos y con más recorrido democrático. Lo he vuelto a sentir estos días en el Vaticano en las críticas duras que polacos, eslovacos, húngaros o eslovenos lanzan sobre el desprecio de la vida humana o el descuido de la familia que encuentran en los socios de la UE, ese distinguido club en el que ansiaban entrar para ser libres y felices y donde, sin embargo, se encuentran bastante descolocados e incomprendidos, sobre todo cuando se les reprocha su falta de hospitalidad hacia los refugiados o sus peligrosos *revivals* de fanatismo. No viene mal de vez en cuando escucharse, pero siempre que sea para buscar comprenderse y no hacerse reproches.

4. Añoramos una política de más altura

A este respecto bien viene tomar en cuenta la invitación de Francisco a arrojar claridad para superar el desencuentro y no malgastar energías construyendo por un lado lo que destruimos por el otro. Esa invitación/crítica va unida a otra de fondo al paradigma tecnocrático y al antropocentrismo desviado (*Laudato si'*). A su juicio, el aprecio sincero a los beneficios del progreso tecnológico no debe impedir criticar la *tecnocracia* –nada neutral, pues implica siempre valores y una determinada concepción del ser humano y la sociedad (cf. *LS*, 107)–, dominante de la economía, y que hace que esta controle y dirija la política. Justo al revés del orden normal. Tratar tecnocráticamente una situación significa poner la tecno-ciencia al servicio de intereses en los cuales suelen primar factores como la mera utilidad, la eficacia, la funcionalidad, subvirtiendo no solo el sentido mismo de la ciencia y la técnica, sino también la relación entre fines y medios, al otorgar a éstos últimos un rango que humanamente no les corresponde. Por ejemplo, cuando la tragedia del Mediterráneo se ha querido tratar durante años como una mera cuestión de administración o de control fronterizo, y no como una crisis humanitaria que había de sacudir nuestra conciencia moral y demandaba acciones

de política interior y exterior, para actuar según los valores que decimos sostener. Al respecto, el papa refiriéndose a Europa nos dijo hace unos días:

«No hay ciudadanos, hay votos. No hay emigrantes, hay cuotas. No hay trabajadores, hay indicadores económicos. No hay pobres, hay umbrales de pobreza. Lo concreto de la persona humana se ha reducido así a un principio abstracto, más cómodo y tranquilizador. Se entiende la razón: las personas tienen rostros, nos obligan a asumir una responsabilidad real y “personal”; las cifras tienen que ver con razonamientos, también útiles e importantes, pero permanecerán siempre sin alma. Nos ofrecen excusas para no comprometernos, porque nunca nos llegan a tocar la propia carne»¹.

Es cierto que cuando el agua nos llega al cuello los líderes europeos acaban pasando de la tecnocracia a la política, pero con frecuencia eso sucede tarde. Angela Merkel, por ejemplo, empezó a tratar la tragedia de los refugiados como líder política en agosto de 2015, más de dos años después de que el papa dijese en Lampedusa: “Esto es una vergüenza para Europa”, y nos lanzase la pregunta que Dios

¹ FRANCISCO, *Discurso en la Conferencia “Repensando Europa” organizada por la COMECE en colaboración con la Secretaría de Estado* (28 de octubre de 2017).

hace al inicio de la historia de la humanidad: “¿Dónde está tu hermano?”, junto a otra: ¿Quién ha llorado por la muerte de estos hermanos y hermanas?, muy preocupado por que la globalización de la indiferencia nos haya quitado la capacidad de llorar. Y cuando la política responde, tal como ha hecho Merkel arriesgándose a perder votos, es tarde y ya han sacado rédito tanto nacionalistas como populistas (sea de izquierdas o de derechas).

La Europa símbolo de un ideal de progreso económico, social y político² que tenía sus concreciones en el “capitalismo de rostro humano”³, en el Estado de bienestar y en la democracia representativa garante del pluralismo y la tolerancia, da tumbos en las aguas tumultuosas de las crisis, perdiendo credibilidad para muchos de nuestros conciudadanos, sobre todo para los más jóvenes. Eso deja el campo abierto a las reacciones populistas de corte xenófobo y al

juego sucio de la posverdad/posfacticidad, que se quiere hacer pasar por la esencia de la democracia mediante los malhadados referendos. Una de sus conquistas ha sido el *Brexit*, y cuando escribo esto no puedo menos que mencionar el movimiento secesionista perpetrado en Cataluña, donde nacionalismo y populismo laboran juntos y la falta de verdad y la invocación torticera de la democracia están alcanzando cotas impensables dentro del escenario europeo. Los valores de Europa no serán posibles sin respeto del derecho, la justicia y la verdad.

5. Frente a la desmoralización: integrar, dialogar y construir

Al recibir el Premio Carlomagno, Francisco preguntó a los europeos qué ha sido de aquel ardiente deseo de construir la unidad en la diversidad, cuando arrecian los egoísmos y las tentaciones de construir recintos particulares y trincheras. ¿Dónde queda aquel proyecto construido por “Estados que no se unieron por imposición sino por la libre elección del bien común, renunciando para siempre a enfrentarse”?⁴ ¿Podremos recuperar el proyecto europeo de “unidad en la diversidad y

² Aquella brillante frase de Ortega: “España es el problema, Europa la solución”.

³ Se habla de una “Europa de los mercados”, donde los “mercados” son “un nombre abreviado para designar a fuerzas anónimas, sin rostro ni domicilio fijo: fuerzas que nadie ha elegido y que nadie es capaz de limitar, controlar o guiar”. Cf. Z. BAUMAN – L. DONSKIS, *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, Paidós, Barcelona 2015, 230.

⁴ FRANCISCO, *Discurso en la recepción del Premio Carlomagno* (6 de mayo de 2016).

la libertad”?⁵ ¿Podremos hacer frente de una manera digna a los desafíos tan duros y difíciles que nos golpean, los relativos a la crisis socio-económica-política y a la crisis institucional asociada, y a esos fenómenos, en plena virulencia, que sirven como banco de prueba y cuestionamiento radical a la actual identidad y misión de Europa? Son preguntas radicales a nuestro modo de vida y los valores que decimos defender y practicar. Claro que ante ellas podemos pasar de largo echándoles la culpa a los políticos (que no dejan de ser expresión de su sociedad), pero en realidad son interpelaciones que nos conciernen a todos.

Por eso se vuelven tan decisivos discursos como los que el Papa está dirigiendo a Europa, donde pide recuperar la capacidad de integrar, la capacidad de dialogar y la capacidad de construir una sociedad integrada y reconciliada, y anima a volver a las fuentes de la esperanza. Para ello sugiere

⁵ Un proyecto que no existió solo tras la II Guerra Mundial: «Europa acogió tendencias dispares, aunó cuerpo-espíritu, porque la urgencia de la misión, de la transmisión de la Verdad que hacía posible la unidad, posibilitaba que sobreviniesen posiciones plurales... Se pueden aplicar con luminosidad a Europa estos términos: unidad, pluralidad y misión». Cf. E. ROMERO POSE, *Raíces cristianas de Europa. Del Camino de Santiago a Benedicto XVI*, San Pablo, Madrid 2006, 28.

la importancia de poner “los pies en tierra” y prestar atención a la realidad concreta, porque sin escucharla es imposible comprender las exigencias del presente ni las llamadas del Espíritu. Es un realismo que se pone por encima de la ideología pero que no mata la utopía.

6. Más que procedimientos o normas, Europa es vida y una apuesta por la dignidad

Recordó Francisco a todos los jefes de Estado y presidentes de gobierno de la UE que Europa no es un conjunto de normas que cumplir, o un manual de protocolos y procedimientos que seguir, sino una vida, una manera de concebir al ser humano desde su dignidad trascendente e inalienable.

No por casualidad Adenauer, Schuman, De Gasperi o Monnet fueron políticos con un explícito compromiso cristiano, incluso confesionalmente católico, y se desvivieron por superar la violencia del pasado y ofrecer las bases de la reconciliación entre los pueblos del continente. Las doce estrellas amarillas dispuestas en círculo sobre fondo azul de la bandera de Europa tuvieron originalmente una inspiración bíblica, aunque en la explicación oficial a la que uno puede acceder hoy se silencie, no vaya a reaparecer

el incómodo tema de las “raíces cristianas” por el que tanto luchó el papa polaco. Es fácil sintonizar con la petición casi implorante de Juan Pablo II en aquel memorable discurso –europeísta y cristiano– pronunciado con pasión y razón cordial en Santiago de Compostela: “Europa, vuelve a encontrarte a ti misma”. Y con lo que el primer Papa que viene de América, pero con hondas raíces en el sur de Europa, le dice; algo así como “sal de ti misma, para encontrarte”, “sal a las fronteras existenciales, a las periferias humanas”.

7. “La cultura del encuentro”: puentes, no muros o trincheras

De esa expresión “cultura del encuentro” hay que concederle la “patente”⁶ al papa Francisco⁷, al menos con el significado que aquí le quiero dar. El sustantivo “cultura” posee un sentido no elitista sino antropológico. Ese que hace cincuenta años capturó en *Populorum progressio* en el término “civilización”, relacionándolo con los “verdaderos valores”, las “razones

de vivir”, el “alma” y aplicando lo que el Señor dice a las personas en Mt 16,26, a los pueblos: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”. Y es que «cuando el Papa habla de cultura, habla del *alma de un pueblo*»⁸.

A la vera de la cultura del encuentro crecen términos como proximidad, comunión, solidaridad, amistad, diálogo, discernimiento, construcción, integración, inclusión, y otros afines; o metáforas como la de los “puentes” frente a los “muros” o las “trincheras”. Todos dentro del principio hermenéutico de la misericordia de Dios, que lo sostiene y recorre todo, y del ser imágenes de Dios e hijos suyos. Ante lo que Francisco ha ido describiendo como “orfandad”, “naufragio”, “desintegración” o “fragmentación” de la posmodernidad, paradójicamente tecnocrática, su propuesta es “cultura del encuentro” con:

- a) *El realismo encarnado*, escape-mos de las realidades virtuales y del culto a la apariencia. Los hombres y mujeres de carne y hueso, con una pertenencia cultural e histórica, la complejidad de lo humano con sus tensiones y limitaciones han

⁶ La primera vez que la desarrolló fue en una conferencia: “Educar en la cultura del encuentro” (1 de septiembre de 1999).

⁷ Cf. J. L. MARTÍNEZ, *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*, Sal Terrae, Santander 2017.

⁸ D. FARES, *Papa Francesco è come un bambù. Alle radici della cultura dell'incontro*, Ancora, Milano 2014 (edición digital), 20.

de ser el centro de nuestros cometidos. Nunca dejemos de inspirarnos en los rostros sufridos, desprotegidos y angustiados para estimularnos y comprometernos a trabajar, estudiar, investigar y crear.

- b) *El valor de la memoria*, potencia unitiva e integradora, se vuelve llamada a ir a las raíces, para no cometer los errores del pasado y, sobre todo, para apostar por los logros que nos ayudaron a superar las encrucijadas históricas. La memoria de un pueblo es parte esencial de su cultura, de ahí que no sea “mero registro de la historia” sino potencia integradora de ella y que abra a nuevos espacios de esperanza para seguir caminando.
- c) *El universalismo integrador a través del respeto a las diferencias*. Nos incorporamos en armonía, sin renunciar a lo propio y lo nuestro, en un horizonte de universalidad que nos supera. El cristianismo es concreto siendo universal, es de “universalidad concreta”, esto es, no abstracto ni desencarnado porque la Iglesia, como la naturaleza humana, siendo universales, no pueden dejar de ser locales y situadas. Y el universalismo no se puede entender desde la homogeneidad, sino que necesita

entenderse desde el encuentro y la comunión. Como enseña el relato del buen samaritano, la ética salta barreras étnicas y nacionales, pero no se olvida del cuidado concreto de la persona que está en necesidad.

- d) Y esto no puede hacerse por vía del consenso que nivela hacia abajo, sino por el *camino del diálogo*, de la *confrontación de ideas* y del *ejercicio de la autoridad* que mire al bien común y no a los intereses particulares. El diálogo serio, conducente, no meramente formal o distractivo es la vía más humana de comunicación. Es el intercambio que destruye prejuicios y construye, en función de la búsqueda común y el proyecto compartido. De ahí la urgencia por *abrir espacios de encuentro*: lugares de consulta y creativa participación en todos los ámbitos de la vida social.
- e) *Desde los refugios culturales a la trascendencia que funda*: se necesita una antropología que no busque retornos a refugios culturales, ni obsesión con determinados temas morales, por importantes que sean, sino cultura de arraigo y unidad en el respeto a la diversidad, y *apertura a la vivencia religiosa comprometida, personal y social*: Lo religioso es una fuerza creativa al interior de

la vida de la humanidad, de su historia, y dinamizadora de cada existencia que se abre a dicha experiencia. En nombre de una imposible neutralidad del espacio público se pide silenciar y amputar una dimensión que lejos de ser perniciosa, puede aportar mucho a la formación de los corazones y a la convivencia social.

8. Cuatro principios desde los que articular la cultura del encuentro

En *Evangelii gaudium* (EG) los puntos cardinales para ubicar la cultura del encuentro y del diálogo se hallan en los cuatro principios: “El tiempo es superior al espacio”, “la unidad prevalece sobre el conflicto”, “la realidad es más importante que la idea” y “el todo superior a la parte”. Ellos están «destinados a orientar el desarrollo de la convivencia social y la construcción de un pueblo donde las diferencias se armonizan en un proyecto común» (EG, 221). Estos principios también le acompañan desde hace bastante tiempo.

A mi entender, dan el marco conceptual que luego el papa ha ido aplicando a aspectos diversos: la crisis socio-ambiental, el matrimonio y la familia, la crisis de Europa, la concepción de la política en distintos contextos, el mundo de

la comunicación, la crisis de los refugiados o las migraciones, la juventud, etc. Es gratificante ver con qué capacidad propositiva los despliega, con qué fuerza contextual y narrativa le ha ido diciendo a la gente muchas cosas sobre sus situaciones vitales y sus posibilidades de respuesta.

Bajo la rúbrica de cada uno de los principios en mi libro me he permitido introducir distintos temas que veo relacionados con la cultura del encuentro y que representan las cuestiones más acuciantes para la humanidad, ante las cuales la Iglesia tiene una palabra que decir, en nombre de Jesucristo, y mucho que hacer.

9. Los cristianos llamados a dar nuevamente alma a Europa

Me gusta recordar aquello que dijo Robert Schuman sobre el “suplemento de alma”⁹ que necesita Europa, inspirándose en Henri Bergson, pero tal vez hoy ya precisa más bien un «alma entera»¹⁰. El papa argentino de raíces italianas recordó hace unos

⁹ Cf. J. L. MARTÍNEZ, “La Iglesia y la inaplazable misión de recuperar el “alma” de Europa”, en *Estudios Eclesiásticos* 354 (2015), 397-443.

¹⁰ J. M. LUSTIGER, “La Europa de las bienaventuranzas”, en *Corintios XIII* 111 (2004), 269-284. Aquí, 270.

días a la Conferencia *Repensando Europa* que el autor de la *Carta a Diogneto* veía a los cristianos siendo para el mundo lo que el alma es al cuerpo. Estamos llamados «a dar nuevamente alma a Europa, a despertar la conciencia, no para ocupar espacios –eso sería proselitismo–, sino para animar procesos que generen nuevos dinamismos en la sociedad» (EG, 223). Y como gran ejemplo de un cristiano que aportó alma puso al patrón San Benito, quien, con el principio de la persona, creada a imagen de Dios, ayudó decisivamente a la construcción humana, cultural, religiosa y económica del continente. Europa no es una colección de cifras, números o instituciones, sino que está hecha de personas, y el ser personas nos une a los demás, nos hace comunidad y nos obliga a pensar en el bien común.

Sería insensato negar que, al igual que las sociedades a las que pertenecen, las comunidades eclesiales en Europa se hallan debilitadas y envueltas en contradicciones. Sufren también la crisis cultural y no pasan, ciertamente, por su mejor momento ¹¹. Síntomas de ello son la escasez de vocaciones, las tremendas dificultades para tras-

mitir la fe a las nuevas generaciones, la desorientación de muchos fieles, el descenso enorme de la práctica religiosa entre los que se consideran cristianos, la falta de sintonía y diálogo entre distintos grupos dentro de la Iglesia, la quiebra de la moral tradicional con el surgimiento del individualismo y el consumismo que afecta de lleno a los creyentes, el no saber qué hacer con la “finitud y la culpabilidad” en los avatares de la vida, así como algunas reacciones “identitarias” que apuntan al fanatismo.

Parece evidente que a las Iglesias europeas les cuesta mucho pasar de los documentos a la vida y a una pastoral coordinada, con planes de evangelización creativos, efectivos y concretos. Y tampoco creo que se deba minusvalorar la tensión que existe entre los planteamientos de los católicos de los países del Este, que insisten en la defensa de la vida humana al comienzo y al final junto a la familia y la generación de hijos, y los del resto del continente que mayoritariamente rechazan concentrarse en el tema del aborto y aledaños. La tensión sale abiertamente en los debates y se ve en el nivel de aplausos que reciben determinadas intervenciones “pro-vida”.

¹¹ Cf. J. J. GARRIDO, “La Iglesia y la nueva realidad europea. Reflexiones desde la *Ecclesia in Europa*”, en *Corintios XIII* 111 (2004), 11-47.

10. No minusvalorar ni el potencial ni la responsabilidad de la Iglesia en Europa

Si queremos ser fieles a nuestra vocación, no nos queda otra opción a los cristianos de Europa que escuchar de verdad el Evangelio y pedir que esa escucha se transforme en vuelta al “amor primero” (Ap 2,7)¹², y desde él, ser “piedras vivas” de una Iglesia valiente y decidida, aun cuando sea débil y pequeña o accidentada, en medio de una sociedad que mira con reticencias las injerencias que considera externas, pero que necesita desesperadamente fundamentos pre-políticos de solidaridad y de ciudadanía (Habermas), y altas dosis de esperanza verdadera.

Ahí está la gran llamada del papa Francisco en nombre de Jesucristo a toda la Iglesia: a inaugurar «una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría» (EG, 1 y 25); a ser una «Iglesia en salida» (EG, 20), «con las puertas abiertas» (EG, 46), «no preocupada por ser el centro y clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos» (EG, 49); a ir «a las periferias humanas» (EG, 46); a practicar la colegialidad y la sinodalidad¹³ (caminar juntos)

¹² JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa* (28 de junio de 2003), 23.

¹³ El método sinodal escogido por Francisco parece estar inspirado en la meto-

como cauces de una catolicidad intercultural presidida en la caridad por el obispo de Roma, el sucesor de Pedro. Este modo de concebir la Iglesia tiene una aplicación directa a la Iglesia que peregrina en Europa:

«La Iglesia puede y debe ayudar al renacer de una Europa cansada, pero todavía rica en energías y potencialidades. Su tarea coincide con su misión: el anuncio del Evangelio, que hoy más que nunca se traduce principalmente en salir al encuentro de las heridas del hombre, llevando la presencia fuerte y sencilla de Jesús, su misericordia que consuela y anima»¹⁴.

La Iglesia, como Europa, no es estéril, y podrá ayudar y dar fruto si acepta responder a la llamada del Señor a ser samaritana, cercana, hospitalaria, compasiva, solidaria, preocupada por la pobreza y la injusticia, el diálogo y la paz, la ética coherente de la vida y la ecología socio-ambiental que es integral. Algo de todo esto salió en la Conferencia, pero muy poco se dijo en relación al papel de los cristianos en no permitir que se estigmatice

dología adoptada por el CELAM en sus relaciones con las conferencias episcopales del continente americano. Cf. M. SEMERARO, “Comentario” a *Amoris Laetitia*, Librería Editrice Vaticana 2016, 23.

¹⁴ FRANCISCO, *Discurso en la recepción del Premio Carlomagno*.

a los musulmanes o en identificar, como está sucediendo en varios países, islam con terrorismo. Solamente el discurso del Papa hizo una incursión decidida en esta crucial materia.

11. Ir a las fuentes de la esperanza

Poco después de la firma de los Tratados de Roma, el gran pensador nacido en Verona y muerto en Munich, Romano Guardini, advertía que “Europa es ante todo una disposición de ánimo que puede perder su hora”¹⁵. Hoy, acecha la desmoralización y gana terreno la desesperanza, y con enorme preocupación detectamos señales de esa “pérdida” de que alertaba, por eso no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Explicó Jean Monnet que el proyecto de unir Europa se forjó en la crisis y será la suma de soluciones adoptadas para enfrentarla. Para

adoptar soluciones que sean discernidas y movilizan las mejores energías hacen falta surtidores de esperanza y anclajes de sentido. Hace seis décadas los encontraron y hoy seguramente también los podemos hallar si –como pidió el Papa la víspera de la celebración del 60.º aniversario– ponemos a la persona en el centro y en el corazón de las instituciones; si trabajamos por la solidaridad, el antídoto más eficaz contra los nacionalismos egoístas y populismos demagógicos; si no nos agarramos miedosamente a las falsas seguridades e invertimos en desarrollo y en paz; y si nos abrimos con humildad y decisión al futuro, sobre todo, dando a los jóvenes una educación seria y posibilidades reales de inserción laboral, invirtiendo en la familia, como célula primera y fundamental de la sociedad, respetando la conciencia y los ideales de los ciudadanos y defendiendo una ética de la vida, con toda su sacralidad y coherencia. ■

¹⁵ Cf. R. GUARDINI, *Europa: realidad y tarea*, Cristiandad, Madrid 1981, 13-27.